

Neutralidad valorativa y objetividad en la visión de la ciencia de Max Weber y Niklas Luhmann

Carlos Gainza (FSOC-UBA), carlos_gainza@hotmail.com

Gastón Becerra (UBA), gaston.becerra@gmail.com

Pedro Giordano (IIGG-UBA) pedrogiordano83@yahoo.com.ar

Resumen

Cuando Max Weber postula la idea de una neutralidad valorativa que debe seguir todo investigador en ciencias sociales para dotar a su trabajo de rasgos de cientificidad, discute uno de los sentidos que ha adquirido la noción de “objetividad”. De acuerdo con el autor, si los pasos metodológicos se despliegan de manera adecuada, es posible dejar a los valores por fuera de los resultados de toda labor sociológica. Desde una óptica diferente, Niklas Luhmann elabora una teoría de la sociedad sobre la base de sistemas de comunicación autorreferentes y autopoieticos; en su descripción de la ciencia, reconoce un lugar cognitivo para los valores pero parece sostener una posición en la que la mirada sociológica puede hacer de ellos un objeto, sin quedar atrapada en sus condicionamientos. En este marco, el objetivo de nuestro trabajo consiste en analizar comparativamente los supuestos que subyacen a la tesis weberiana de la neutralidad valorativa y la objetividad cognoscitiva con el postulado de Luhmann que informa acerca del cierre autopoietico del sistema científico.

Introducción

A mediados de la década del setenta, Giddens afirma que el consenso ortodoxo, principal matriz de referencia de las investigaciones producidas dentro la sociología desde el período de la segunda posguerra, ya no existe más. De esta manera, proclama el inicio de una nueva etapa dentro de la disciplina, signada por la convivencia de dos grandes corrientes, cuyo cierre sobre sí mismas imposibilita el debate. Acción, por un lado, y estructura, por el otro, representan dos campos independientes de interpretación del orden social, cuya falta de comunicación se ha convertido en un obstáculo para el desarrollo del pensamiento sociológico, y aún más

importante, para la comprensión de la sociedad. En consecuencia, propone a su Teoría de la Estructuración como instancia superadora de esta falsa oposición (Giddens, 1995, 1999).

Más allá de los vericuetos de la propuesta, lo que aquí interesa es la manera en que ubica a los principales referentes de la tradición sociológica dentro de cada una de las áreas. Previo aviso de que el ejercicio es a fines ilustrativos, identifica a Max Weber como uno de los referentes del campo de la acción, sobre todo, una vez que las corrientes hermenéuticas contemporáneas recuperan sus análisis sobre el problema de la comprensión (*verstehen*). Del otro lado, en el campo estructural, sobresalen las figuras de Durkheim y Parsons, y en la actualidad, la de Niklas Luhmann, heredero directo del funcionalismo (Giddens, 1995). Cabe destacar que ésta pretensión de separar al pensamiento sociológico en dos grandes frentes no es exclusiva de Giddens, sino más bien, un ejercicio frecuente de la época. Sólo para citar algunos grandes nombres más, Habermas (1987a, 1987b) parte de la distinción entre acción y sistema, Ritzer (1993) de la diferencia entre microsociologías y macrosociologías y, de modo un tanto más indirecto, Bourdieu (2007) habla de habitus y campos.

Sobre esta base, y a fin de establecer conexiones entre dos autores que explícitamente parten desde puntos de vista diferentes, el objetivo que nos proponemos es analizar comparativamente los supuestos que subyacen a la tesis weberiana de la neutralidad valorativa y la objetividad cognoscitiva con el postulado de Luhmann que informa acerca del cierre autopoietico del sistema científico. Para ello, en lo que sigue se distinguen dos sentidos de objetividad y se los rastrea en sus respectivas obras: con foco en la ciencia moderna, se observa que el sustantivo “objetividad” integra dos sentidos fuertes que se distinguen cuando pensamos el adjetivo “objetivo” en relación con el conocimiento o con el proceso que le da origen. Cuando hablamos de “conocimiento objetivo” el uso del adjetivo es positivo: un conocimiento es objetivo sí efectivamente refiere a la realidad; en cambio, cuando hablamos de una “ciencia objetiva” el sentido es negativo: una ciencia es objetiva si no permite influencias o si está libre de parcialidades (Gaukroger, 2012). En ambos sentidos, nos enfrentamos a una variedad de problemas que discurren por cuestiones epistemológicas, filosóficas y metodológicas, y que nos dificulta la tarea de dar con un sentido último e irreducible acerca de la objetividad (Douglas, 2004).

De la neutralidad valorativa a la objetividad cognoscitiva

Según Max Weber la principal aspiración de una disciplina científica consiste en ordenar conceptualmente la realidad empírica (Weber, 1982c). Sobre este postulado, en este apartado indagamos aquellos factores fundamentales que, para el autor, pueden estimular a que la ciencia social adquiera rasgos de cientificidad.

Si bien Weber sostiene que el momento fundacional de una ciencia consiste en la delimitación y resolución de sus problemas concretos, inmediatamente después, argumenta que pese a que las reflexiones puramente epistemológicas y metodológicas no contribuyen decisivamente a la tarea, en tiempos donde surgen nuevos puntos de vista cuyo objeto de exposición es la propia materia, la revisión de las formas lógicas dentro de las que se desenvuelve constituye un ejercicio necesario. Precisamente, tal contexto es en el que en su opinión se encuentran las ciencias sociales, y por ello, justifica su inserción en la discusión acerca de sus fundamentos metodológicos (Weber, 1982c). Para la bibliografía especializada, su posicionamiento sobre estos temas tiene sus raíces en el pensamiento de un conjunto de autores de corriente neokantiana, que dejaron su impronta en la famosa disputa acerca de la peculiaridad del método de las ciencias sociales: la *methodenstreit*. Entre ellos, sobresale la reflexión epistemológica y filosófica de Rickert acerca de cómo formular juicios de hecho sobre la base de obras impregnadas de juicios de valor (Aron, 1976).

En principio, la postura ontológica de Weber es abiertamente heredera de la corriente neokantiana, y más precisamente, de la concepción rickertiana acerca de que la realidad es indivisible, infinitamente compleja y conceptualmente imposible de conocerse en su totalidad (Marshall, 1986). Consecuentemente, hereda los mismos problemas y ensaya una respuesta similar: la forma de afrontar la infinitud de la realidad es recortarla; o sea, seleccionar una parte de ella, y así, volverla finita. Sólo esa parte coloreada por el interés del investigador se convierte en el objeto de estudio, al que lo denomina individuo histórico. Su determinación, es prerequisite para generar conocimiento, puesto que es la única manera de ordenar el caos.

El siguiente interrogante que se abre es por qué seleccionar esa parte y no otra. Su resolución, sigue de cerca nuevamente a Rickert, cuando anuncia que, puesto que es el interés del investigador el principio de selección, el fundamento del recorte no puede provenir de otro lugar que no sean sus valores. El individuo histórico, aquello digno de ser conocido en sus rasgos individuales, entonces, es un hecho histórico portador de significación cultural para el

investigador y su época. Ahora bien, si los valores –elementos íntimos de la personalidad que determinan la acción y le confieren sentido y significado– pertenecen al campo de las cosmovisiones e imágenes de mundo signadas por el politeísmo absoluto –es decir, la lucha irreconciliable entre dioses y demonios– (Weber, 1982a), el investigador debe afrontar un nuevo inconveniente: ¿cómo generar juicios de hecho libres de juicios de valor? Si aquello que se observa –la sección limitada de la infinitud– tiene su fundamento en la pertinencia valorativa que tiene para el investigador, la problemática que ahora debe resolver es la manera de generar conocimiento válido sobre la base de premisas subjetivas. Precisamente, sobre estos supuestos se erige el problema de la objetividad cognoscitiva.

Antes de pasar a abordar directamente nuestro problema es preciso introducir un nuevo plano de la postura weberiana: la metodología, área donde se interroga: “¿Cuál es la función lógica y la estructura de los conceptos con los que nuestra ciencia, como cualquier otra, labora?” (Weber, 1982b: 74). Como ha sido señalado, el primer paso metodológico consiste en la definición del individuo histórico, un complejo de conexiones en la realidad histórica, agrupado conceptualmente en un todo desde el punto de vista de su significación cultural; que tiene un contenido compuesto por diferentes elementos de la realidad; cuya definitiva determinación conceptual sólo puede darse al final de la investigación; y que no apunta a lo general sino a penetrar en lo particular y distinto (Weber, 1983).

Establecido el recorte, Weber presenta la herramienta adecuada para aprehender su especificidad: los tipos ideales, contruidos para hallar conexiones adecuadas capaces de caracterizar la génesis del objeto de estudio. Los tipos ideales son cuadros conceptuales, contruidos con la máxima coherencia y carentes de contradicciones, que reúnen y conectan determinados procesos y relaciones de la vida histórica. En cuanto a su contenido, dado que se formulan mediante el realce de ciertos elementos de la realidad, presentan el carácter de una utopía, cuya pureza es inhallable empíricamente. En lo que respecta a su utilidad, sirven para guiar juicios de imputación; no son hipótesis, pero sí orientan su formulación; tampoco son un promedio ni una exposición literal de la realidad, pero proporcionan medios para representarla.

El modo de poner en funcionamiento estos conceptos límites, puramente ideales, consiste en compararlos con la realidad para averiguar en qué medida ésta se acerca o se aleja de ellos. Así, representan un medio científicamente fructífero a la hora de comprobar conexiones concretas que

establezcan la significación cultural de un proceso individual. Finalmente, el punto culminante de su propuesta metodológica puede leerse como una intervención en la *methodenstreit*, acerca de la especificidad de las ciencias sociales en comparación con las naturales (Marshall, 1986): mientras éstas se interesan en la formulación de leyes generales, aquellas se preocupan por encontrar regularidades entre conexiones causales. Así, en el área social, el conocimiento nomológico no constituye un fin sino un medio para facilitar el verdadero objetivo: la imputación causal (Weber, 1982c). En esta línea, un enunciado causal es una afirmación que atribuye el rango de causa a una acción, y que para ello, debe dar cuenta de su finalidad, los medios empleados para alcanzarla y sus consecuencias. Realizada esta tarea, se abre paso a la formulación de hipótesis interpretativas –que por su carácter conjetural precisan su comprobación empírica– sobre cursos y efectos de la acción. Si el investigador descubre que un suceso histórico es resultado de otro, puede afirmar que existe una causalidad individual y que su individuo histórico ha sido explicado; sin embargo, en el campo de las ciencias sociales, explicación implica imputación causal, concepto que informa que entre las múltiples causas de un fenómeno, se indagó sólo una de ellas (Aronson, 2016). A su vez, la pretensión de liberarse de la rigidez que traen aparejadas las ideas de explicación y causalidad, se puede observar en EPyEC, donde, al momento de examinar los resultados de su investigación, habla menos en términos de imputación causal y más en clave del hallazgo de afinidades electivas (Weber, 1983).

Una vez presentadas estas cuestiones, lo que interesa es el problema de la objetividad cognoscitiva o, en forma de interrogante: ¿cómo generar juicios de hecho sobre un objeto delimitado por juicios de valor?

Como se vio, Weber afirma que la construcción del individuo histórico está mediada por la relación de valor, una “interpretación filosófica de aquel interés específicamente científico que preside la selección y formación del objeto de una investigación empírica” (Weber, 1982a); pero, luego sostiene que, una vez configurado, el contenido espiritual y totalmente singular que el observador identifica en él adquiere forma concreta y se pasa a un nuevo estadio: el de la reflexión teórico-interpretativa (Weber, 1982b). Según Ruano de la Fuente, de la imposibilidad de realizar una descripción completa de la realidad –tanto extensiva como intensiva– deriva el postulado acerca de la parcialidad del conocimiento científico. Específicamente, señala que aquello que lo parcializa es una selección realizada en base a la pertinencia valorativa del objeto,

por lo que entiende que la metodología weberiana parte de una subjetividad constituyente –que no es objetivamente vinculante pero si metodológicamente inevitable– para arribar a una objetividad cognoscitiva. Así, observa un difícil juego entre subjetividad y objetividad: la objetividad, subjetivamente mediada, pertenece al campo estrictamente científico; una vez que la referencia a valores –presupuesto y fundamento de la teoría– cumple con la tarea de llenar de significado al objeto, éste queda desvinculado axiológicamente de los juicios de valor (Ruano de la Fuente, 1996).

En conclusión, si los pasos metodológicos se siguen rigurosamente es posible generar conocimiento válido en el campo social; o más precisamente, el rigor metodológico auspicia de garante de la objetividad.

Objetividad y neutralidad valorativa en Luhmann

Al igual que en Weber, la pregunta de Luhmann acerca de las condiciones de posibilidad del conocimiento tiene sus raíces en el pensamiento kantiano; pero, mientras que para Kant la cognición era un proceso anclado en la conciencia, Luhmann parte de una concepción informada por los avances en la teoría de sistemas: la cognición, entonces, es el procesamiento de observaciones por parte de distintos sistemas cerrados en sus operaciones. Sobre esta base, la apuesta de Luhmann consiste en observar a lo comunicativo (lo social) como un dominio de sistemas autorreferentes (Luhmann, 1984).

El punto de partida para pensar la observación es el esquematismo de distinción/indicación, que sigue al cálculo matemático de Spencer-Brown. Lo abstracto de esta fórmula permite entender como observación a las operaciones de distintos sistemas -los sistemas vivos o los sistemas sociales-, además de la obvia percepción sensorial. Según Luhmann (1990) el impacto de la teoría de sistemas sobre el problema de la observación es el de una “desontologización de la realidad”: no hay nada en el entorno que se corresponda con la observación dado que ésta depende de las distinciones con las que se indica algo y no otra cosa. La desontologización, entonces, introduce un fuerte elemento escéptico en su posición; es decir, una actitud que tiende a descreer de las valoraciones epistémicas que se añaden a las pretensiones del conocimiento, como cuando se dice que algo es verdadero u objetivo (Broncano, 2003).

En este movimiento desontologizador es posible apreciar dos líneas de intervención de Luhmann en nuestra problemática. Por un lado, cuando procede como un epistemólogo, afirma que no hay observación neutral o que sea realizada desde ningún lugar: todas las descripciones de la realidad se deben rastrear hasta una distinción que, en última instancia, se encuentra anclada en la diferencia sistema/entorno. En este punto, sigue el axioma cibernético de que “todo lo que es dicho, es dicho por un observador” del que se desprende el mandato de “observar al observador”. Luhmann es taxativo en aclarar que nada de esto implica que la realidad del mundo sea puesto en duda, ni mucho menos, que su constitución dependa de la observación. Sin un mundo que contenga a las operaciones de los sistemas, la observación sería imposible. De esta manera, se separa de otros constructivistas más radicales, como Ernst von Glasersfeld. A fin de cuentas, lo único que se niega es la relevancia epistemológica de una representación ontológica basada en la distinción ser/no-ser (Luhmann, 1990, p. 67).

Por otro lado, cuando procede como un sociólogo de la ciencia y el conocimiento, señala una crisis en aquella semántica social que postula un acceso vinculante a la realidad, algo característico de las sociedades jerárquicas, que han quedado en el pasado (Luhmann, 2007, p. 713-723). En una sociedad funcionalmente diferenciada, distintos sistemas sociales introducen distinciones propias, sin convergencias ni coordinaciones, y en consecuencia llegan a construcciones de la realidad alternativas. Tanto en materia epistemológica como sociológica, la “des-ontologización” implica “des-objetivización”, donde el sentido de objetividad que se critica es el que pretende identificar conocimiento y realidad –el sentido positivo–.

En una sociedad funcionalmente diferenciada, el sistema de la ciencia es quien atiende a la función de construir conocimiento válido y vinculante. Entender a la ciencia como un sistema social parcial, autorreferente, operativamente cerrado, y basado en la comunicación, supone que el conocimiento científico se encuentra descondicionado (desacoplado) tanto del mundo como de los sistemas psíquicos. Así, si el escepticismo es la actitud que refiere a la indeterminación entre conocimiento y mundo, el posthumanismo característico de Luhmann hace lo propio con la relación conocimiento científico y conocimiento individual. El primero, como vimos, se encontraba basado en una conceptualización abstracta de la observación; el segundo, en una abstracción del proceso de autopoiesis. Sin embargo, vincularlo con la comunicación no implica descartar que los sistemas sociales operan en un continuo material de acoplamientos estructurales con lo físico, químico, biótico, psíquico y tecnológico, y que la continuidad de todos estos tipos

de operaciones es condición material de la reproducción de la comunicación; o más explícitamente, la comunicación necesita de conciencias que le provean contenidos. Si se pone el foco en el sistema científico, el punto es que, en tanto observación, opera con una selectividad que le es propia y que no está determinada por sus condiciones materiales, y dicha selectividad, refiere a la designación de ciertas propuestas de comunicación con el símbolo de “verdad” (Luhmann, 1997).

Ahora bien, Luhmann no duda que valores e intereses juegan un rol en la construcción del conocimiento, pero los ubica en el entorno de la comunicación propiamente científica, más cerca de los condicionamientos sobre la observación psíquica. En las comunicaciones de la ciencia, este condicionamiento valorativo, si bien no desaparece, se neutraliza, de modo que los conocimientos se autopurifican. Al referirse a las consideraciones teóricas en las que se basa su postura y en la imagen que sobre ella se constituye, es explícito: “La tesis sobre la fuerza de autopurificación de los conocimientos es resultado del conjunto entre teorías de la autopoiesis y de la evolución. Converge además con la teoría de los medios de comunicación simbólicamente generalizados y binariamente codificados.” (Luhmann, 1997, p. 420). El medio de la verdad, en el que opera la ciencia, supone la expectativa de suscitar una vivencia en ego a partir de una vivencia de alter, de modo que la selección de información no se atribuye a la voluntad, ni al interés de los participantes. El foco se traslada así, a los procesos que la ciencia pone en marcha para lograr esta neutralización o purificación, tarea reservada para las generalizaciones de las teorías y las prescripciones metodológicas. De esta manera, en una observación de primer orden los valores y las ideologías aparecen como el marco de la observación, y como tales, invisibilizan por vía de lo incuestionable su carácter de construcción; en un segundo nivel de observación, las teorías y métodos obligan a explicitar todo tipo de condicionamiento propio del origen del conocimiento, volviéndolos contingentes y haciéndoles perder su carácter vinculante (Luhmann, 2007, p. 264-266).

Aquí la noción de objetividad que se pone en juego es claramente negativa y las metáforas con las que Luhmann refiere a este proceso son de por sí elocuentes: los conocimientos señalados como verdaderos tienen una fuerza autopurificadora “como la del dinero”; se “libran de las cadenas” del juicio moral y de la ética, por encima de los escrúpulos de los investigadores; o también, “se descontaminan de la fetidez y la morbosidad” de los intereses ideológicos (Luhmann, 1997, p. 419-420). Esto no excluye que una descripción ética, religiosa, moral o

política de la investigación sea posible en otros sistemas parciales de la sociedad, ni que estas consideraciones puedan ser reintroducidas en la ciencia en el nivel de la reflexión del sistema. Pero el código que guía las operaciones de la ciencia necesariamente es el que distingue entre verdad y falsedad. Si el sistema se desvía de tales prescripciones pone en juego su clausura, y con ello su autopoiesis. Es importante señalar que si bien éstas pueden parecer conclusiones que se desprenden de una interpretación demasiado estricta de los principios teóricos con los que entiende a los sistemas sociales, su orientación es coherente con el posthumanismo y antinormativismo que adopta para su enfoque, y que considera que puede ser un factor de avance teórico para la sociología (Luhmann, 2007, p. 890).

Conclusiones

No es este el lugar para polemizar con aquellas posturas polarizadoras que encasillan a los trabajos de Weber y Luhmann en campos divergentes –actor/estructura, acción/sistema, micro/macro–. Sin ir más lejos, el propio Luhmann utiliza una clasificación similar a la de los autores destacados en la introducción cuando identifica a Weber como uno de los principales representantes de la teoría de la acción. Además, su manifiesta voluntad de alejarse de la tradición sociológica lo hace tomar distancia de los trabajos clásicos, ya que no encuentra en ellos la manera de responder las preguntas fundacionales de la disciplina. Por último, el alejamiento con Weber se acrecienta cuando abandona el paradigma de la acción y pasa al de la comunicación.

Sin embargo, el objetivo del presente trabajo sí apuntó a establecer algunas líneas de contacto entre dos teorías que parten desde puntos de vista diferentes. Las revisiones precedentes sugieren que hay una convergencia -si bien, con particularidades- en sus respectivas formas de tratar los problemas de la neutralidad valorativa y la objetividad cognoscitiva, o simplemente, la objetividad en los sentidos negativo y positivo, destacados.

En cuanto al sentido de la objetividad que remite a una representación fiel de la realidad, ambos oponen como condición de la cognición una intervención del sujeto cognoscente. Weber señala la necesidad de un recorte constituyente del objeto de estudio –el individuo histórico–; igual de constituyente -o mejor dicho de constructivista- es para Luhmann la introducción de distinciones en la observación. En cuanto al sentido de un conocimiento objetivo como valorativamente

neutro, los autores parecen coincidir en que la ciencia tiende a la producción de un conocimiento libre de intereses, valores e ideologías. En el caso de Weber, la metodología juega un rol de garante de la objetividad; para Luhmann, son las teorías y métodos las que obligan a una observación de segundo orden que tematiza las condiciones de observación de primer orden, entre las que se encuentran los intereses y los valores.

Ahora bien, estas convergencias no pueden negar particularidades. Weber es más explícito en vincular los dos sentidos de objetividad aquí tratados. La selección del recorte o la constitución del individuo histórico está mediada por la pertinencia con respecto a los juicios de valor epocales del investigador. El enfoque de Luhmann es más amplio y abstracto en este sentido, ya que la asimetría fundacional para la observación es tratada en una comparación funcional con otros sistemas; a la vez que es menos explícita en otro, ya que como es sabido, Luhmann suele no referir a operaciones psico-cognitivas y a formas de pensamiento bajo el precepto de librar a la conciencia a sus propias operaciones. El cambio no es sólo de enfoque. Entre la sociología que buscaba consolidarse en la academia alemana de Weber y la sociología que buscaba refundar su paradigma sobre nuevas bases teóricas no sólo median enormes cambios histórico-sociales sino también nuevos desafíos para la visión sociológica.

Bibliografía

- Aron, R. (1976). *Las etapas del pensamiento sociológico. Vol. II*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Aronson, P. (2016). Una lectura “metodológica” de «La ética protestante y el espíritu del capitalismo». In *La gramática sociológica de Max Weber*. Buenos Aires: Prometeo.
- Bourdieu, P. (2007). *El Sentido Práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Broncano, F. (2003). *Saber en condiciones. Epistemología para escépticos y materialistas*. Madrid: A. Machado Libros.
- Daston, L. (1992). Objectivity and the Escape from Perspective. *Social Studies of Science*, 22(4), 597–618.
- Douglas, H. (2004). The irreducible complexity of objectivity. *Synthese*, 138(3), 453–473.

- Douglas, H. (2011). Facts, values and objectivity. En I. Jarvie & J. Zamora-Bonilla (Eds.), *The SAGE Handbook of the Philosophy of Social Sciences*. London: Sage Publications.
- Gaukroger, S. (2012). *Objectivity. A very short introduction*. New York: Harvard University Press.
- Giddens, A. (1995). *La Constitución de la Sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Giddens, A. (1999). Perfiles y Críticas en Teoría Social. In P. Aronson & H. Conrado (Eds.), *La Teoría Social de Anthony Giddens*. (Colección). Buenos Aires: Eudeba.
- Habermas, J. (1987a). *Teoría de la Acción Comunicativa. Tomo I*. Madrid: Taurus.
- Habermas, J. (1987b). *Teoría de la Acción Comunicativa. Tomo II*. Madrid: Taurus.
- Luhmann, N. (1984). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Barcelona: Anthropos
- Luhmann, N. (1990). The cognitive program of constructivism and a reality that remains unknown. En W. Krohn, G. Küppers, & H. Nowotny (Eds.), *Selforganization. Portrait of a scientific revolution* (pp. 64–86). Dordrecht: Springer.
- Luhmann, N. (1997). *La ciencia de la sociedad*. México: Anthropos.
- Luhmann, N. (2007). *La sociedad de la sociedad*. México: Herder.
- Marshall, G. (1986). *En busca del Espíritu del Capitalismo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ritzer, G. (1993). *Teoría Sociológica Clásica*. Madrid: MacGraw-Hill.
- Ruano de la Fuente, Y. (1996). *Racionalidad y conciencia trágica. La modernidad según Max Weber*. Madrid: Editorial Trotta.
- Weber, M. (1982a). El sentido de la “neutralidad valorativa” de las ciencias sociológicas y económicas. In *Ensayos sobre Metodología Sociológica* (pp. 176–269). Buenos Aires: Amorrortu.
- Weber, M. (1982b). Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura. In *Ensayos sobre Metodología Sociológica* (pp. 102–175). Buenos Aires: Amorrortu.

Weber, M. (1982c). La “objetividad” cognoscitiva de la ciencia social y de la política social. In *Ensayos sobre Metodología Sociológica* (pp. 39–101). Buenos Aires: Amorrortu.

Weber, M. (1983). La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo. In *Ensayos sobre Sociología de la Religión, tomo I*. Madrid: Taurus.